

tación al medio o de la protección de la existencia. *Funciones psíquicas no es sinónimo de funciones conscientes, pues solamente algunas de aquéllas adquieren el carácter consciente en determinadas condiciones.* En ese sentido, y solamente en éste, puede hablarse de las funciones psíquicas de los organismos unicelulares.

Algunos autores consideran que esos fenómenos psíquicos son todavía inconscientes, coincidiendo los procesos de la sensación y del movimiento con los procesos vitales moleculares del plasma, debiendo buscarse sus causas últimas en las propiedades de las moléculas plasmáticas. Esos procesos psíquicos rudimentarios, observados en los protistas, serían el puente que reúne los procesos químicos de la naturaleza inorgánica con la vida psíquica de los animales más evolucionados: ellos representan el germen de los fenómenos psíquicos más elevados de los metazoarios y del hombre.

Otros, en cambio, intentan demostrar que los actos de los seres vivos inferiores no son debidos a simples «taxismos», sino a rudimentos de conciencia que en ellos existen, y que, en el curso de la evolución, se van transformando hasta llegar a la conciencia humana. Según ellos, habría un foso profundo entre el mundo inorgánico y orgánico, pero desde que aparecen los fenómenos de la vida la cadena es continua y progresiva, desde la amiba hasta el hombre.

El error está en suponer que la conciencia aparece repentinamente en un punto dado de la serie animal (como una entidad que entra en juego misteriosamente), o que la conciencia es una condición inherente a toda función psíquica.

Ni una ni otra cosa. *«La conciencia» es un atributo de ciertos fenómenos psíquicos; éstos no son conscientes sino en determinadas condiciones.*

El carácter consciente de ciertas funciones psíquicas

depende de sus relaciones con la anterior experiencia filogenética e individual. En todo sér vivo, el grado de conciencia que puede acompañar a una sensación recibida, depende de la cantidad de las impresiones anteriormente fijadas por la memoria y sistematizadas en tendencias hereditarias o en hábitos individuales. *A un máximo de experiencia corresponde la posibilidad de un máximo de conciencia.*

Conviene recordar las diferencias oportunamente establecidas entre memoria y experiencia. Una excitación es sensación, es consciente, cuando es referida al sistema de experiencia psíquica precedente, que constituye el *yo* individual o personalidad consciente. Es natural, pues, que si cada especie viva posee un grado diverso de experiencia, sus individuos tienen que ser capaces de un grado diverso de conciencia. Es decir: *la posibilidad y el grado de conciencia de los fenómenos psíquicos en la evolución filogenética están condicionados por la suma de experiencia común a cada especie y particular de cada individuo.*

Las excitaciones y reacciones de los organismos unicelulares son poco diferenciadas; si llegan a sistematizarse (formando hábitos y transmitiendo tendencias), los sistemas son tan elementales que las nuevas excitaciones sólo pueden relacionarse con una experiencia escasísima: es decir, su grado de conciencia posible es casi nulo. Casi nulo, pero existe en la medida relativa de ese «casi».

Cuando las excitaciones y reacciones se van diferenciando, las condiciones de equilibrio del organismo varían, modificándose en consecuencia su estructura atómico-molecular, sus propiedades físico-químicas y sus caracteres morfológicos: el organismo unicelular se hace pluricelular para adaptarse mejor a nuevas condiciones de equilibrio, y sus diversas funciones tienden a especializarse en tejidos diferenciados. Ésta es la evolución

que observamos en el curso de la filogenia. Los procesos de excitación y reacción destinados a las funciones de adaptación biológica se complican gradualmente, pero su esencia no varía.

Entre sus manifestaciones hay diferencias de *grado*, pero no diferencias de *naturaleza*. Todos son fenómenos de adaptación o de protección biológica, aunque su grado sea tan desigual (véase cap. IV). Y cuanto mayor es la «experiencia posible» en los individuos de una especie viva, tanto más aumenta su «posibilidad de conciencia» respecto de toda experiencia nueva.

El estudio de la formación natural de las funciones psíquicas, en la evolución de las especies, obliga a considerar erróneo el concepto de muchos fisiólogos y naturalistas que consideran que la «conciencia» solamente existe en el hombre y en los animales superiores que poseen un sistema nervioso central y órganos de los sentidos bien diferenciados: «Según mi opinión personal, entre las varias teorías opuestas, la más verosímil me parece la que admite que la formación de la conciencia corre paralela con la centralización del sistema nervioso, que falta en los animales inferiores. La presencia de un sistema nervioso central, de órganos de los sentidos altamente evolucionados y una asociación muy desarrollada de los grupos representativos, me parecen necesarios para que sea posible la conciencia unitaria» (Haeckel).

El profesor de Jena se refiere aquí a la «personalidad» consciente y su opinión es completamente antropomórfica; toma como tipo de personalidad la humana, y consigue encontrarle equivalencias en los vertebrados superiores. Pero el verdadero concepto biológico no concuerda con ese error antropomórfico.

Los individuos de cada especie viva tienen una experiencia más o menos grande; su personalidad es pro-

porcional a ese grado de experiencia. En la amiba es mínima, en el hombre es máxima: la desigual experiencia de las especies vivas determina su diversa capacidad para la actividad consciente, o, como suele decirse, su «grado de conciencia».

Si consideramos en particular un fenómeno psíquico, su «grado de conciencia», es decir, la mayor o menor posibilidad de que sea «conocido» por el sér vivo, depende de la cantidad y sistematización de experiencias anteriores con que el nuevo dato puede relacionarse. Eso deja comprender que en las especies más evolucionadas los fenómenos psíquicos pueden ser más intensamente conscientes, y también explica que en el hombre adulto la suma de experiencia consciente sea mayor que en el niño. En otros términos: la «personalidad consciente» se desarrolla en los individuos de cada especie proporcionalmente al grado de experiencia filogenética y a las variaciones adquiridas en el curso de su evolución individual.

Respecto de la posibilidad de «conciencia» en la evolución ontogenética de los individuos, Sollier (1) adopta una posición semejante a la que hemos citado a propósito de la filogenia. «El momento de su aparición es igualmente imposible de establecer en el curso de la evolución ontogenética, y los espiritualistas se han entregado a este respecto a serias discusiones para saber si el alma, que ellos identifican con la conciencia, existe ya en el germen, en el embrión o en el feto, o si aparece solamente en el momento de nacer. No necesito decir que estas sabias controversias han sido inútiles, y puede preverse que seguirán siéndolo.

»Creo, por mi parte, que puede referirse la aparición de la conciencia a la diferenciación cada vez mayor que

(1) Loc. cit.

se opera en los órganos sensitivos de los seres vivos. Esta opinión no tiene nada de antifisiológico, ni contradice ninguna de las leyes de la evolución ontogenética o filogenética. Vemos esta diferencia orgánica acompañarse en todos los seres de funciones cada vez más diferenciadas, al punto de adquirir independencia y autonomía, y revistiéndose de progresiva novedad o de una perfección mayor.

»Que el desarrollo del sistema nervioso, y su diferenciación creciente, haya permitido el desarrollo de las complejas funciones psicológicas del hombre y haya producido igualmente la conciencia, es una cosa muy fácil de comprender. Queda por averiguar a cuál etapa de esa diferenciación del sistema nervioso corresponde la conciencia, por rudimentaria que sea. A este respecto, todas las hipótesis son posibles, pero igualmente gratuitas».

Al estudiar la *ontogenia psíquica* hemos avanzado en la solución del problema, estableciendo algunos principios generales. Es cierto, como afirman Sollier y otros, que no puede fijarse un momento común a todos los individuos de una misma especie para la formación de su «conciencia». Ello se debe a una razón elemental: ese momento es distinto para cada individuo, pues no hay dos que constituyan su experiencia (cuyo resultado no es la «conciencia» sino la «personalidad consciente») en condiciones semejantes.

En la evolución individual, el origen de las funciones psíquicas se confunde con el de las funciones biológicas de adaptación; las funciones psíquicas conscientes son un caso particular de ellas. La «personalidad consciente» no tiene un origen, sino un desarrollo; no aparece, se organiza; no entra ya formada del exterior al organismo, se forma en él mediante el desarrollo de actividades biológicas potencialmente acumuladas por la herencia. Ello nos ha permitido decir en términos claros y

precisos: las células de que se origina todo individuo vivo poseen funciones biológicas elementales cuyo desarrollo ulterior constituye sus funciones psíquicas, inclusive las conscientes.

Hemos visto que el desenvolvimiento psíquico del embrión humano es muy limitado. Su experiencia individual es exigua, aunque ya comienza a formarse. Las excitaciones externas e internas determinan la mielinización de vías nerviosas que le permiten reaccionar a ellas mediante movimientos adaptativos; la memoria conserva esas modificaciones adquiridas, y se van formando verdaderos hábitos orgánicos para repetir con más facilidad esos movimientos cada vez que se repiten excitaciones similares.

Esas manifestaciones de la actividad embrional sólo son susceptibles de escasísimo carácter consciente, apenas crepuscular, traducido probablemente por una diferenciación afectiva rudimentaria entre el placer y el dolor (Ribot). No se concibe otra cosa, dada la exigüidad de su experiencia, representada por sensaciones táctiles y cenestésicas, a las que reacciona mediante movimientos defensivos indeterminados; sus sensibilidades especiales no pueden aún desarrollarse, pues no está expuesto a la acción de los agentes energéticos que las provocan (luz, sonido, etc.)

Desde el instante de su nacimiento, el hombre se encuentra sometido a nuevas condiciones de adaptación; ellas determinan en él nuevas funciones y para ellas va diferenciando la estructura de sus órganos.

La evolución de las funciones psíquicas en el curso de la ontogenia humana es un proceso continuo; se inicia con el nacimiento y termina con la muerte.

La evolución mental del recién nacido no se diferencia, al principio, de la observada en ciertos grados de la filogenia animal. La experiencia rudimentaria de sus sentidos y la naciente coordinación de los movi-

mientos, acompáñase de ligerísimos grados de conciencia y de manifestaciones afectivas elementales, como la sorpresa, el temor, etc.

A las pocas semanas el niño empieza a asociar sus sensaciones por contigüidad, es decir, comienza a relacionar nuevos datos de su experiencia con datos anteriormente acumulados: *su personalidad consciente comienza a formarse, en la justa medida de su experiencia individual*. Más tarde se desarrollan otras funciones psíquicas, las mismas que se observan en la evolución filogenética de los vertebrados, hasta que se inicia la adquisición del lenguaje articulado, mediante las tendencias hereditarias a la automatización de los centros y por imitación del ambiente doméstico.

En el curso de esa evolución cada nueva excitación o reacción utiliza fibras nerviosas especiales, y permite que las venideras sean relacionadas con una mayor suma de experiencia acumulada mediante la memoria; a medida que se inicia la formación de la «personalidad individual», se amplía el área y la intensidad de los fenómenos psíquicos conscientes.

Este proceso de *formación de la personalidad individual* suele ser descripto por algunos tratadistas como el desarrollo psicológico de la distinción entre el «yo» y el «no yo». (Véase cap. V).

Esta distinción entre el «yo» y el «no yo» ha sido el núcleo de todas las especulaciones dualistas y seguirá perturbando a los psicólogos mientras no adopten el criterio genético. No es posible limitarse a estudiar las funciones psíquicas ya formadas, como si ellas nacieran plenamente constituídas; es necesario seguir el proceso de su formación natural. Entonces se advierte que la distinción entre el «yo» y el «no yo» es un simple resultado natural de la experiencia y no el producto sobrenatural de una «conciencia» ajena a las condiciones

que rigen la formación de la «personalidad consciente» en la evolución del individuo (1).

A medida que aumenta la experiencia se va organizando la «personalidad consciente» en el individuo, pues no es más que el conjunto de sus representaciones pasadas; en la misma proporción aumenta la posibilidad de una actividad consciente. Ese aumento es progresivo hasta cierto período de la vida en que la adaptación de la conducta a las condiciones del medio se realiza según las normas propias de cada agregado social.

(1) Ardigó trata la cuestión en dos páginas muy explícitas. La gran idea de la filosofía crítica, que atribuye a la representación mental un valor puramente fenoménico, es admitida por algunos autores para las cosas de fuera y no para las internas. Es decir: de lo exterior solamente conocemos los fenómenos, pero del interior conocemos algo más, porque tenemos conciencia de ellos. «L'averre coscienza di una cosa sarebbe più che conoscerne la fenomenalità; mentre la coscienza darebbe la stessa causa del fenomeno».

«Ma questo come può sostenersi, se la coscienza è costituita dalle pure rappresentazioni dei fatti, e non vi si trova nient'altro fuori di queste rappresentazioni? Forse perché la coscienza ha il privilegio di annunciarsi da sé, indipendentemente da altro mezzo, e di essere sostegno a se stessa, dove le cose esterne invece non sono qualche cosa se non appoggiandosi ad essa? Ecco un altro esempio di quei ragionamenti fallaci, che si fondano, non sul fatto concreto, ma sopra una distinzione mentale. Il me e il fuori di me formano nella coscienza un tutto reale indivisibile. Come il diritto e il rovescio del panno si possono bensì distinguere mentalmente, ma non separare effettivamente senza distruggere il panno, così il me e il fuori di me nella coscienza. Essa è costituita nell'esser suo tanto dall'uno quanto dall'altro, che vi entrano collo stesso titolo e colla stessa forza. Cesserebbe di essere ciò che è, se mancasse o questo o quello. Da principio ciò, che ora è conosciuto come di fuori e di dentro, vi era senza essere considerato come tale; e la distinzione è un'abitudine mentale, che si andò formando a poco a poco. Per cui, se ciò che entra a costituire la coscienza ha diritto di essere ritenuto siccome realtà buo-

Ese hecho ha sido reconocido, en todo tiempo, por la moral y el derecho, traduciéndose por la «incapacidad civil» y la «irresponsabilidad penal» de los menores de cierta edad; empíricamente se ha presumido que la «conciencia» no nace formada, y que hasta cierta época de su desarrollo los individuos carecen de «conciencia suficiente» para dirigir sus propios actos en consonancia con las costumbres o las leyes del medio en que viven.

na, questo diritto compete tanto al me, quanto al fuori di me; tanto per quello, che si dice lo spirito, quanto per quello, che si dice la materia. Perchè ciò che chiamasi spirito è mia coscienza quanto ciò che chiamasi materia. Non si può essere realisti pel soggetto solo. O l'idealismo dà per tutto, o dà per tutto il realismo.

«Ma come? si dirà. La coscienza è una sola ed indivisibile. E voi affermate che la formano tanto lo spirito, quanto la materia; due cose, non solo distinte, ma affatto contrarie? Ecco proprio dove è l'inganno. Sempre così. L'uomo costruisce una astrazione, e poi l'oggettivizza; e in seguito ragiona su questo oggetto da lui fabbricato, senza ricordarsi più della sua provenienza. La coscienza dell'uomo, come dicevamo, è l'insieme delle sue rappresentazioni e presenti e passate. Ogni rappresentazione ha il suo lato della exteriorità, per così esprimermi, e il lato della interiorità. La cosa è una, gli aspetti due. Ora, se colla mente io raccolgo in una sola idea tutti i lati cosiddetti interni delle mie rappresentazioni, ho il concetto dello spirito, se tutti gli esterni, ho la materia. Materia e spirito dunque, per quanto divergi e contrari, sono indivisi nella coscienza, come i due lati opposti nella rappresentazione, e il pensare diversamente è una illusione dipendente dall'essersi dimenticati dell'origine soggettiva dei due oggetti.

«Bisogna distinguere tra fenomenalità ed apparenza. La fenomenalità è vera realtà; ma essa è propria, non solo di ciò che si riferisce al mondo dei corpi, ma anche di ciò che si riferisce al mondo dello spirito. Più di questa non ci è dato di conoscere; e vani sono gli sforzi di quelli che reclamano il privilegio di una cognizione più profonda e più intima pel me». *Opere filosofiche*: Vol. I, págs. 154 a 158. (Ver también: Vol. V. capítulos XXVII a XXXI; Vol. VII págs. 216, 513, etc).

Hemos visto, al estudiar la *ontogenia psíquica*, que la desigual experiencia de los individuos determina las variedades de la «personalidad»; los hombres difieren entre sí en la justa proporción en que difieren los elementos constitutivos de su personalidad: el temperamento y la educación.

Además, la personalidad consciente de un mismo individuo varía en el curso de su vida en la justa proporción en que varía su experiencia. El factor congénito (temperamento) permanece constante, pero el factor adquirido (educación) varía incesantemente. Por eso la personalidad individual varía en la niñez, la adolescencia, la juventud, la madurez, la vejez y la decrepitud. Ningún ser vivo es hoy igual a ayer, ni será mañana igual a hoy, tanto en su personalidad orgánica como en su personalidad consciente.

La misma sensación que hoy es referida a nuestra personalidad, deja de serlo mañana, o viceversa. Un mismo fenómeno es consciente o no lo es, según las otras condiciones que gravitan sobre la personalidad en cada momento. El interés circunstancial nos hace sentir impresiones que habitualmente no son sentidas; el desinterés accidental nos hace ignorar impresiones que habitualmente sentimos. Ello nos explica que ciertas funciones orgánicas, habitualmente inconscientes, se hagan conscientes cuando varían sus condiciones ordinarias de efectuación: las contracciones del corazón o de las fibras musculares del estómago se hacen conscientes cuando su función está perturbada, revelándose al sujeto como dolor. En cambio, muchas funciones que empiezan siendo conscientes se tornan inconscientes cuando el hábito ha establecido vías fáciles de reacción adaptativa, haciendo innecesaria su correlación con la personalidad consciente.

Vemos, en suma, que el desenvolvimiento de la «personalidad consciente» varía de modos diversos.

Varía en las distintas especies; varía entre los individuos de una misma especie; varía en los períodos evolutivos de un mismo individuo; varía según las condiciones que pueden influir sobre él en cada momento.

Desde el punto de vista ontogenético la evolución de las funciones psíquicas es, pues, continua. La vida es una incesante permuta de energías entre el organismo y su medio, una interminable adaptación; las funciones psíquicas son un resultado incesantemente mudable de esa experiencia que sólo acaba con la muerte. La «personalidad consciente», adquirida en el curso de la experiencia individual, es, por fuerza, continuamente transformada por la experiencia nueva que nos aportan las sensaciones externas e internas. La psicología biológica no puede concebirla de otra manera. Eso ha traducido William James en una sugestiva metáfora (que algunos aceptan como una «teoría» de la conciencia), llamando a esa evolución continua de la personalidad individual: *la corriente de la conciencia*. Lo mismo, en términos distintos y nunca precisos; ha sido descripto elocuentemente por Bergson.

La formación de una «conciencia» colectiva en la evolución de los agregados sociales también se presenta como una adquisición de la experiencia social (véase cap. VI).

En suma, desde cualquier punto de vista, la posibilidad de funciones psíquicas conscientes está subordinada a la formación natural de la experiencia.

Esa posibilidad, cada vez mayor, representa una variación útil en la lucha por la vida. La experiencia se forma creando vías de menor resistencia para ejercitar las funciones de adaptación; esos hábitos adquiridos establecen diferencias entre las experiencias nuevas y las anteriormente realizadas; las perturbaciones del equilibrio biológico, producidas por unas y otras, son diver-

sas, resultando algunas reacciones adaptativas más fáciles que otras; la tendencia a adaptarse con el menor esfuerzo es un resultado natural de esa diversidad de circunstancias constituidas en el curso de la experiencia.

En el habitual lenguaje se dice que «no puede hablarse de conciencia sino en seres que parecen *elegir* entre diversos movimientos posibles, en virtud de una noción más o menos confusa de su existencia y del medio exterior. Hasta allí todo podría explicarse de una manera mecánica o bioquímica». Pero no se advierte que el término *elegir* está mal empleado y contiene el falso sobreentendido de una entidad que elige: la pretendida elección es, simplemente, una selección natural inevitable, en el sentido más propicio a la conservación de la vida y según el menos esfuerzo; es decir, siguiendo las vías de menor resistencia formadas en el curso de la experiencia: tendencias hereditarias y hábitos adquiridos.

Lo que suele llamarse elegir es un proceso puramente mecánico o bioquímico, ni más ni menos que el de un reactivo que en una solución compleja «elige» algunos cuerpos para precipitarlos y no precipita a los restantes, siguiendo únicamente las vías de menor resistencia determinadas por la afinidad química. ¿Diremos, acaso, que el reactivo tiene conciencia al elegir los cuerpos que precipita?

La función biológica de la actividad consciente no consiste, pues, en elegir lo que es útil al ser vivo, como sostienen muchos psicólogos. La elección entre los movimientos útiles y los nocivos es una función puramente biológica y no necesita ser consciente; la selección natural determina la supervivencia de los seres que efectúan movimientos útiles a la adaptación y hace sucumbir en la lucha por la vida a los que efectúan movimientos nocivos. Ese perfeccionamiento espontáneo de la expe-

riencia es la causa de la evolución, mediante la selección natural de las variaciones adquiridas. A medida que éstas aumentan es posible una experiencia individual mayor; junto con ésta crece la posibilidad de relacionar una excitación nueva con esa experiencia anterior; es decir, la posibilidad de una experiencia consciente; la continuidad de estas experiencias conscientes particulares hace gradualmente posible la formación de una personalidad consciente.

La actividad consciente es una adquisición útil. Las actividades reflejas y automáticas representan la experiencia adaptada a las condiciones anteriores del medio; pero ellas serían insuficientes para las nuevas adaptaciones indispensables a la vida de los individuos, dada la incesante variación del medio. La adaptabilidad a esa variación implica una probabilidad mayor de supervivencia; la consecuencia natural de ese hecho es el perfeccionamiento de esas funciones.

Considerados en particular, los fenómenos psíquicos que tienen el carácter de conscientes sirven para la protección de la vida, para la «biofilaxia»; más aun, son conscientes o dejan de serlo según que ello sea útil o no al organismo.

Toda nueva excitación que actúa sobre los sentidos provoca una reacción adaptativa del organismo; es útil para la adaptación que ella tenga carácter consciente, incorporándola como nueva sensación a la experiencia individual. Pero cuando un proceso de excitación-reacción se ha repetido muchas veces se organiza el hábito, estableciendo vías de menor resistencia para la transformación energética; entonces su carácter consciente deja de ser útil para ejecutar la función protectora y ésta se hace cada vez más automática e inconsciente.

En cambio, muchas funciones, habitualmente automáticas, se hacen conscientes cuando alguna causa viene a dificultar su ejercicio; ciertas funciones fisiológicas so-

lamente son sentidas por el individuo cuando están perturbadas por causas patológicas. Es el caso de todos los dolores (conscientes) que dependen de un desequilibrio de las funciones biológicas (inconscientes).

Estos problemas han sido ampliamente tratados y convergen a demostrar que el carácter consciente de un fenómeno o función depende exclusivamente de su utilidad, con relación a la experiencia del organismo (Spencer, Sergi, Höffding, James, etc.)

En esas condiciones la función protectora del organismo se perfecciona y la posibilidad de una mayor experiencia consciente es un elemento útil para la conservación de la vida y para la selección natural (1).

(1) «La coscienza, come credo di aver dimostrato, non è che la rivelazione dei fenomeni psichici, o dei mutamenti che avvengono nel senziente in un dato momento e in date condizioni della vita, quando le forze esteriori della natura, o gli altri viventi, agiscono su di esso. Se questi mutamenti sono poco avvertiti o poco noti, il mezzo di evitarli, quando sono perniciosi, di farli persistere, quando sono favorevoli, o di ricercarli, è molto incerto e difficile, anzi può mancare. Per contro, se questi mutamenti sono chiaramente rappresentati al vivente, non solo hanno il mezzo, almeno più pronto e più facile, per evitarli o secondarli, essendo presenti ed insistenti, ma ancora la possibilità di prevederli: questo offre un modo più esplicito di protezione. Nella coscienza chiara e definita dei fenomeni, piaceri e dolori, con la rappresentazione sincera delle cause esterne che apportano siffatti sentimenti, i pericoli si evitano più facilmente, che non con una coscienza adombrata e con una rappresentazione iniziale e imperfetta. Solo mercè di questa coscienza avviene la coordinazione di sentimento e di immagini (percezioni), e quindi parimenti, con la memoria, la previsione del bene e del male alla sola rappresentazione lontana, presente o rinnovata, di ciò che può apportare piacere o dolore.

«Questa affermazione non è un'ipotesi, ma un fatto chiaro ed evidente in tutta la vita degli esseri animali.

«Perchè gl'insetti d'ogni classe non si fanno avvicinare? Dalle immagini visive prevedono il pericolo e fuggono. Perchè gli uccelli si comportano alla stessa guisa? E si noti che gli uccelli

III.—LAS CONDICIONES ANATÓMICAS Y FUNCIONALES DE LA EXPERIENCIA CONSCIENTE

Partiendo de la formación natural de la experiencia, hemos seguido el desarrollo genético de las funciones conscientes en la evolución de las especies y del individuo.

Podemos ya examinar las condiciones particulares en que los fenómenos psíquicos son conscientes: es decir, son conocidos por el mismo individuo en quien se producen. El problema será más claro si tenemos presente que el «yo» es la «personalidad consciente» y que su formación es un resultado de la experiencia individual.

Evitemos, sobre todo, las palabras de significación imprecisa. Las ideas resultan confusas cuando no se traducen en lenguaje inequívoco.

Cuando Sergi, por ejemplo, dice: «La excitabilidad se eleva a sensibilidad», enuncia claramente el hecho

che la prima volta han veduto l'uomo, non hanno avuto paura e non sono fuggiti, lasciandosi prendere, mentre quelli che ormai sanno quanto egli sia pericoloso per loro, lo fuggono. Qualunque animale che abbia sensi, atti a prevedere il pericolo in cui esso può incorrere, adopera i mezzi di difesa, di cui principale e universale è la fuga. Ciò per le relazioni con l'ambiente animato; ma anche per le influenze fisiche gli animali adoperano la difesa e in varie guise, quando sanno prevederle.

«Se per l'uomo i mezzi di difesa sono grandemente numerosi, ciò si deve alla chiara e definitiva coscienza dei mutamenti che in lui si producono nel corso della vita. L'uomo civile, e quindi più illuminato, che ha conoscenza delle cause esterne que possono influire sul suo organismo e danneggiarlo, ha aumentati di gran lunga i mezzi di difendersi e di guarentirsi da queste influenze, da qualunque sorgente pervengano».

Sergi: *L'origine dei fenomeni psichici*, 2.^a edición, págs 76 y 77.

que debe explicarse, cuando agrega: «revelándose a la conciencia» la explicación es absolutamente ficticia y su enunciado es inexacto.

Por eso hemos propuesto expresar de otra manera el hecho (cap. III).

1.º Una *excitación* es un desequilibrio causado por un agente energético externo o interno; cuando la excitación es conocida o sentida por el sujeto, decimos que es consciente y se llama *sensación*.

2.º La memoria continua y sistematizada de las excitaciones conscientes, o sensaciones, constituye la experiencia consciente, cuyo resultado es la formación progresiva de la *personalidad consciente*.

3.º Una excitación es consciente (es decir: sensación) cuando determina reacciones *relacionadas con la experiencia anterior*, es decir, con la «personalidad consciente» (1).

Esta nueva manera de plantear el problema de la actividad psíquica consciente, evita incurrir en confusiones y limita las dificultades, sin esquivarlas. Adviértase bien que nosotros no decimos que la excitabilidad se eleva a sensibilidad o se revela a la conciencia, ni admitimos que la *conciencia* sea una entidad ajena a la experiencia misma, a quien las excitaciones puedan elevarse o revelarse.

(1) Entre las numerosas opiniones distintas (lo que significa no tener ninguna) vertidas por W. James, en el curso de su fecunda producción filosófica, creemos necesario citar la siguiente, recordada por Binet en una nota de su último libro *L'âme et le corps*, página 102: «dans un récent article James veut démontrer que la conscience n'existe pas, car elle résulte simplement de la relation ou de l'opposition qu'on établit entre une partie de notre expérience (par exemple l'expérience actuelle, dans l'exemple de la perception d'un objet) et une autre partie de notre expérience, le souvenir de notre personne. (*Does consciousness exist? J. of. Phil., Psych., and Scientific Methods*, Sept. 1904)».